



Discurso pronunciado en la Inauguración de Cursos y Colación de Grados de 1944

POR EL

Dr. Lisardo Novillo Saravia

Interventor de la Universidad Nacional de Córdoba

Este acto es un reflejo del fenómeno de renovación que la vida ofrece en su constante devenir: llegan unos, dispuestos al estudio y al esfuerzo, anhelosos del trabajo que dignifica y del saber que mejora y eleva; y se alejan otros, pletóricos de ensueños y esperanzas, tras el ideal que alienta los pasos de toda existencia humana; pero, si debo el saludo de bienvenida a unos, y a otros, la expresión de despedida, todos tienen derecho a esperar de mi investidura y de mis años, la palabra meditada y serena, que invite a la reflexión y al estudio.

No podéis decir, jóvenes estudiantes, con el doloroso pesimismo de Musset: "hemos llegado demasiado tarde a un mundo demasiado viejo". Felices de vosotros que llegáis temprano a la confluencia del mundo que se acaba y del mundo que se inicia. Vuestra sensibilidad juvenil se habrá sentido herida con el estruendo pavoroso de un mundo que se desploma en esta noche de horrores y de sangre; pero, habrá sentido también el halago acariciador de la brisa fresca de la alborada, que, con las primeras luces del día, disponen para las jornadas venturosas y fecundas.

"Cada día tiene su tarea", dicen los Libros Santos para indicar que la vida es milicia sobre la tierra y que el trabajo es la ley a que estamos inexorablemente unidos; pero, no hay días

más grávidos de grandezas y de miserias que los nuestros, porque están a la vista, informes y mezclados, los escombros de las instituciones derruidas por el tiempo y los errores, con los materiales de las nuevas construcciones políticas, económicas y sociales, que los pueblos necesitan y reclaman.

El universo es una armonía inmensa; los astros en los espacios siderales y los seres y las cosas en la tierra, siguen su ley y cumplen su destino; sólo el hombre ha subvertido y quebrantado la ley de su existencia, que es el amor. El amor ha creado todo lo bueno, todo lo bello, todo lo grande; sin él, la fe y el conocimiento, la acción y la palabra son cosas vanas y precarias. Por eso, Pascal ha definido la virtud como "el orden del corazón", coincidiendo en definición tan llena de verdad y belleza, con San Agustín, que la llamó "el orden del amor", porque sólo el amor explica la misión del hombre sobre la tierra y lo eleva, colocándolo entre Dios y los demás hombres.

Pero, desde hace largo tiempo no es el amor, sino el dominio, la ambición de dominio, lo que rige la actividad humana: el dominio sobre la naturaleza para arrancarle con avidez el secreto de sus tesoros y de sus misterios; el dominio sobre los demás hombres para regir sus destinos o imponerles la ley de su propio interés y conveniencia; el dominio sobre otros pueblos para arrebatárles sus territorios y riquezas. El "espacio vital" no es la exigencia imperiosa y legítima de lo que la propia existencia reclama y los demás pueblos están obligados a reconocer y respetar; es simplemente el medio de incrementar el propio poderío e imponerlo por la fuerza de sus riquezas y recursos. La guerra política y la guerra económica que han mantenido las naciones en defensa de sus intereses desenfrenados, debía terminar necesariamente en los campos de batalla; la contienda del 14 no fué decisiva y era menester una guerra de mayores proyecciones, que determinara la cesación de la rivalidad y el exterminio de la nación vencida.

Los que han incendiado el mundo, se han inculpado recíprocamente, atribuyéndose la responsabilidad de esta catástrofe; la historia dirá su última palabra para establecer que no corres-

ponde a ninguno en particular, sino a todos, porque es la resultante obligada de un ordenamiento que debía terminar en esta orgía de destrucción y de sangre. En ese ordenamiento, fundado en las riquezas y no en los valores del espíritu, han coincidido el individualismo de unas naciones y el totalitarismo de otras, porque uno y otro sistema nacen del naturalismo individualista o sociológico.

A pesar del desarrollo y esplendor de las ciencias, de las letras y de las artes, las generaciones de mañana mirarán a los pueblos de hoy con tremendo desfavor, porque en la paz, por exigencias de la ley brutal de la oferta y la demanda, se ha llegado a destruir o arrojar al mar productos que necesitaba el hambre de otras naciones; y porque en la guerra, por la forma implacable en que se la lleva, mueren los hombres a millares y sucumben ciudades abiertas, donde pierden la vida ancianos, mujeres y niños indefensos y se destruyen tesoros de incalculable valor artístico y espiritual, que más que patrimonio de un pueblo, pertenecen a la humanidad entera.

Se ha vivido bajo el impulso del odio, el egoísmo, el miedo, el apego a las riquezas materiales y al goce de la vida, el desdén por los valores éticos, el debilitamiento de las fuerzas eternas del espíritu; la sociedad se ha desenvuelto convulsa y agitada por las confusiones del liberalismo, la competencia y dictaduras económicas, la producción convertida en instrumento de enriquecimiento ilegítimo, las tiranías supercapitalistas dominando a los hombres y a las naciones, la miseria de unos y el lujo desenfrenado de otros, las luchas de clases y naciones entre sí; todo esto, que es inquietud, angustia, dolor, miseria y que no concibió la imaginación dantesca en la descripción del Infierno, demuestra que es exacto que los pueblos dominados por el sensualismo pagan sus culpas con sangre.

En esta lucha gigantesca es posible que no haya vencedores ni vencidos; tal vez todos sean vencidos, porque no se conseguirá la paz, ni se salvará la civilización, si los pueblos no reconocen las causas de su martirio y no se preparan para estructurar un

nuevo orden, mediante una purificación y mejoramiento de su filosofía social y de su filosofía política.

La civilización marcha de Oriente hacia Occidente y al hacer crisis en Europa, parece llegada la hora de América. El Oriente con Palestina ofreció al mundo la certidumbre del sentido trascendente de la vida; Grecia dió a todas las edades los valores eternos del arte y la belleza; fué la patria de la filosofía y las letras; Roma creó la articulación jurídica del Estado, llamado a coordinar al individuo con la familia y la sociedad; Europa recibió esos valores y en varios siglos de elaboración, ha ofrecido el cuadro más estupendo de la conquista científica de la naturaleza, de la industria y de la técnica; pero, como no se han cumplido las promesas constantemente renovadas y reiteradas desde Bacon y Descartes, de que la ilustración y el progreso traerían una felicidad completa de liberación y reposo,— “la beatitud terrenal”, según la feliz expresión de Maritain—, el hombre moderno sufre el tormento de haber perdido el sentido de la vida y por eso, la vida se le presenta como una carga; siente, sin embargo, el afán de eternizarse, porque sabe que no es una sombra que pasa y que su yo no es una ceniza más destinada a confundirse con el polvo de la tierra.

La vida debe, entonces, espiritualizarse para que tenga un valor de hermandad con los demás hombres y para que la política de competencia e imperialismo de pueblo a pueblo, se convierta en obra orgánica de trabajo y cooperación. América no puede seguir las huellas de dolor de la Europa trágica; en ella, la libertad, la igualdad, la fraternidad, la democracia, la ciencia, la producción, el progreso, deben tener un sentido y valor más alto para que no sean la repetición en mayor escala del viejo orden, desarticulado y destrozado por las crisis, las revoluciones, y las guerras.

Se inicia para América el período decisivo de su historia, en el cual la jerarquía de los valores debe restaurar el equilibrio de la civilización europea, humanizando al hombre, deshumanizado

por la maquinaria y la técnica; salvando la personalidad humana de la anarquía del individualismo y de la absorción del estatismo; vigorizando la familia, con la indisolubilidad del vínculo conyugal y dotándola de los elementos materiales y morales que reclaman su existencia y desarrollo; coordinando la autoridad con la libertad, el capital con el trabajo y la sociedad con el individuo; fundamentando las relaciones jurídicas internacionales en la posición igualitaria y universalista de que todas las naciones son jurídicamente iguales en el cumplimiento de su acción y su destino; dando a la vida, en todos sus aspectos, los principios metafísicos y teológicos de toda auténtica cultura, que llevarán a "la unión de todos los hombres en la Verdad, a la santidad de todas las almas en el Bien, a la universalidad de todas las naciones en la Historia, a la supremacía absoluta del Verbo de Dios por encima de la palabra de los hombres".

Para preparar ese futuro que se inicia, las naciones de América deben preguntarse qué son, a dónde van, qué quieren ser, es decir, deben valorar el pasado y discriminar el presente para elaborar el porvenir con la conciencia y el sentido histórico de su propio ser y no con la vida y la historia de otros pueblos.

Las fuerzas vitales de una nación están en ella misma, en su origen y pasado, en su linaje y estilo, que son los valores que constituyen la esencia de su ser y forman la conciencia de que no hay nada superior a la nación misma.

Los pueblos que sienten y viven su propia vida, no pueden extraviarse o detener su paso en los caminos de la historia, porque saben dominar los hechos e imponerles el sello indeleble de su esencia espiritual, manteniendo a través del tiempo y la distancia, la unidad de su ser.

El olvido del pasado conduce al desprecio de los valores morales; el pasado, o sea nuestra propia historia, es el que nos da carácter, el que nos hace persona, individualmente; y colectivamente el que nos hace nación; por eso, la historia es formativa, porque es exacto, el concepto de Goethe, de que el hombre no es sólo naturaleza, sino historia.

Nos orgullecemos con razón del volumen portentoso del comercio, del rápido y prodigioso incremento de las industrias, del desarrollo de las letras, las ciencias y las artes, de la gravitación internacional del país y de sus posibilidades en la solución de los problemas de post-guerra; no "somos pocos y pequeños", como alguien ha afirmado, porque hemos crecido rápidamente en número y tamaño; necesitamos, sí, vigorizar el espíritu nacional, en el sentido de desarrollar una cultura propia para que no sea una quimera la magnífica visión de los cien millones de argentinos en marcha hacia su destino triunfal.

Si toda cultura auténtica consiste en la sumisión del mundo material y psíquico a una ley espiritual, ningún órgano del Estado es más eficaz que la Universidad para que aquélla alcance su desarrollo y plenitud y sea la expresión viva de lo que es y debe ser siempre la nación.

Todas las universidades del país son argentinas; pero, ninguna es más argentina que la nuestra por su filiación, por su pasado, por el carácter tradicional de sus estudios, por su posición en el centro del territorio; "ningún instituto argentino, ha dicho Joaquín V. González, está mejor colocado para realizar la restauración del vínculo disuelto entre el presente y el pasado en cuanto al valor representativo de la nacionalidad misma".

Somos eslabón de una vieja cadena de generaciones, que se suceden bajo la sombra protectora de estas bóvedas y debemos mantener ese hilo invisible, ese nexo espiritual que une a los hombres de épocas distintas y hace que las sociedades e instituciones sean las mismas, con las cambiantes y matices que el tiempo les imprime.

Si ayer un espíritu clarividente pudo en los tiempos lejanos de la Colonia, echar las bases de esta Universidad, dándole un alma, un sentido, un destino, nos corresponde mantener esa obra del pasado, frente a las corrientes foráneas, que de distintos rumbos pretenden derribar sus muros y conmover sus cimientos, donde se encierra, como en un ánfora, la fuerza vital que debe inflamar a las almas que se forjan en su ambiente y llegan por su impulso al campo de la acción y del trabajo.

Gladstone ha escrito que la misión de la Universidad es unir "lo heredado con lo adquirido", para que la nación conserve su unidad de ser y asegure su continuidad histórica; este concepto es tan exacto, que debemos ver en los estudiantes a los herederos necesarios del haber espiritual de la nación, a los continuadores del pasado, a los hombres representativos de mañana, llamados a cumplir la obra de mejoramiento y superación, que debe realizar todo pueblo para llenar su misión en la vida y en la historia.

La concurrencia a las aulas, y la obtención de un título universitario no deben ser un hecho meramente individual y privado; el Estado no abre las aulas para que los estudiantes concurren o no a ellas, ni otorga un diploma de suficiencia para que el graduado haga de la habilitación profesional el uso o destino que le plazca. La Universidad le da el saber acumulado por la obra del trabajo, el estudio y la investigación; desarrolla sus aptitudes y facultades, lo habilita para la satisfacción cumplida de sus anhelos personales; pero, debe formarlo especialmente para un ministerio social. De ahí la necesidad primordial de la formación ética en el mismo grado y tan completa como la formación técnica y científica, para que el egresado en el campo de la actividad profesional, no sea un aventurero o el cruel expoliador que medre con las penurias de sus semejantes. La sociedad necesita más de hombres formados para la abnegación y el sacrificio, que de técnicos, extraños y ajenos a todo concepto de solidaridad humana. La técnica no ha sido por sí sola capaz de apaciguar las pasiones que agitan el alma humana, ni ha aproximado a los hombres de distinta o idéntica condición, ni ha salvado el desequilibrio social, ni ha hecho reinar la justicia; sin descuidarla, antes bien, sacando de sus prodigiosos descubrimientos y conquistas, todo el bien y utilidad posibles, trabajemos por la restauración de los derechos del espíritu, en cuya realidad debemos creer, como creemos en la realidad de la materia.

Llamado a regir los destinos de esta ilustre Casa, he satisfecho el viejo anhelo de trabajar por ella con amor, lealtad y de-

cisión; no he rehuído ningún esfuerzo, ningún sacrificio; me he puesto totalmente a su servicio en la convicción profunda de que sirvo al país en uno de sus intereses más vitales.

He afrontado con éxito las primeras y graves dificultades y espero con firmeza y tranquilidad el desenvolvimiento de los hechos, confiado en que el alma de este Instituto, —que es la fuerza moral de su tradición, de su historia, de lo que es y significa para el país y su cultura—, se imponga; y en un ambiente de tranquilidad y orden, profesores y estudiantes se confundan en el esfuerzo de la labor común.

He recogido datos, antecedentes y observaciones; he escuchado opiniones y consejos y con reflexión y prudencia he dado, en miras a lo que podrá ser más tarde el estatuto del estudiante, un conjunto de disposiciones claras y precisas para que los estudios se realicen y se rindan los exámenes con método, orden y provecho. Tienden a regularizar la vida del estudiante e impedir que dilapide su tiempo y su atención; a evitar que sea gravoso a su familia y que permanezca en la Universidad más tiempo del que señalan los planes de estudio; a asegurar la dignidad del examen para que éste sea la prueba de su saber y competencia y no una aventura entregada al capricho o al azar. Todo esto, que no es disfavor, ni opresión y menos hostilidad, pondrá orden, disciplina, jerarquía, dignidad y decoro en los estudios.

Lo demás, organización y nueva estructuración de las Universidades, modificación de planes y del régimen de estudio, mejoramiento y selección de su personal, vendrá después por obra directa del señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública o de los interventores, reunidos a ese fin.

Alcanzo y mido toda la trascendencia y responsabilidad de esta tarea; pero, la afronto con serenidad y elevación de espíritu, libre de todo compromiso y sin otra preocupación que no sea la de velar por el bien de esta Casa, a la que todos estamos obligados a amar y respetar.

La Universidad de Córdoba no vive tan sólo de su pasado glorioso y del nombre y fama que le han labrado las generaciones de ayer; cuenta al presente con un conjunto de maestros que es-

tudian, investigan, producen y enseñan. El prestigio de sus cátedras y de sus libros ha pasado las fronteras del país. Han enseñado en los institutos americanos más famosos, se han sentado en congresos y conferencias de hombres de ciencia y en todas partes han levantado muy alto el nombre de esta Universidad.

Los que quieren estudiar y saber encuentran en las aulas y en los gabinetes y laboratorios, la palabra ilustrada de profesores de auténtica vocación docente y científica, y el fruto copioso de sus estudios e investigaciones. En ese ambiente de estudio, de trabajo, de disciplina se han formado los profesionales que en este acto reciben la medalla de oro, que los acredita estudiantes ejemplares por su labor, capacidad y saber; los despiden con emoción y con legítimo orgullo, porque son credencial viviente de la obra grande y fecunda de esta Casa.

He dedicado gran parte de mi vida a la tarea cristiana y humana de enseñar, porque he encontrado en el contacto con la juventud, el estímulo más poderoso para la acción y las compensaciones morales más elevadas; amo a la juventud, a la que quiero ver formada para el estudio, el trabajo, el sacrificio y el heroísmo, si es necesario; y con la autoridad que da una vida sin ocios ni renunciamentos, la exhorto a que aporte su consagración y esfuerzo a la obra de reintegración en que estamos empeñados, para que Córdoba tenga en su vieja Casa de estudios, la fuerza moral con que siempre ha gravitado en los destinos de la República.

Invocando a Dios, declaro inaugurados los cursos universitarios de 1944.